

Documentos CEDE

ISSN 1657-7191 edición electrónica

Cambio social en Colombia durante la segunda
mitad del siglo XX

Alejandro Gaviria

30

OCTUBRE DE 2010

Serie Documentos Cede, 2010-30
ISSN 1657-7191

Octubre de 2010

© 2010, Universidad de los Andes–Facultad de Economía–Cede
Calle 19A No. 1 – 37, Bloque W.

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: 3394949- 3394999, extensiones 2400, 2049, 3233

infocede@uniandes.edu.co

http://economia.uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª Este No. 19 – 27, edificio Aulas 6, A. A. 4976

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: 3394949- 3394999, extensión 2133, Fax: extensión 2158

infeduni@uniandes.edu.co

Edición, diseño de cubierta, pre prensa y prensa digital:

Proceditor Ltda.

Calle 1ª C No. 27 A – 01

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: 2204275, 220 4276, Fax: extensión 102

proceditor@etb.net.co

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

El contenido de la presente publicación se encuentra protegido por las normas internacionales y nacionales vigentes sobre propiedad intelectual, por tanto su utilización, reproducción, comunicación pública, transformación, distribución, alquiler, préstamo público e importación, total o parcial, en todo o en parte, en formato impreso, digital o en cualquier formato conocido o por conocer, se encuentran prohibidos, y sólo serán lícitos en la medida en que se cuente con la autorización previa y expresa por escrito del autor o titular. Las limitaciones y excepciones al Derecho de Autor, sólo serán aplicables en la medida en que se den dentro de los denominados Usos Honrados (Fair use), estén previa y expresamente establecidas; no causen un grave e injustificado perjuicio a los intereses legítimos del autor o titular, y no atenten contra la normal explotación de la obra.

CAMBIO SOCIAL EN COLOMBIA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Alejandro Gaviria¹

Resumen

Este artículo describe las principales transformaciones experimentadas por la sociedad colombiana durante la segunda mitad del siglo XX. Los cambios descritos fueron sustanciales. La esperanza de vida, la alfabetización y la urbanización convergieron hacia los valores observados en el mundo en desarrollo. La pobreza disminuyó de manera significativa. La condición de la mujer mejoró ostensiblemente, mucho más que en otros países latinoamericanos. La educación creció de manera rápida, especialmente durante los años sesenta. Y la movilidad social también parece haber aumentado. Todo a pesar de un mediocre desempeño económico. A finales de siglo, sin embargo, la violencia, la desigualdad y el desempleo habían alcanzado niveles muy altos tanto históricamente como en comparación con otros países de la región.

Palabras clave: fecundidad, educación, pobreza, distribución del ingreso y migración.

Clasificación JEL: O10, O15.

¹ Información de contacto: Alejandro Gaviria, decano de la Facultad de economía de la Universidad de los Andes. Correo electrónico: agaviria@uniandes.edu.co. El autor agradece la excelente ayuda de David Gelves.

SOCIAL CHANGE IN COLOMBIA: 1950-2005

Alejandro Gaviria²

Abstract

This paper describes the main socioeconomic transformations experienced by the Colombian society during the second half of the Twentieth Century. All in all the transformations were dramatic. Life expectancy, adult literacy and urbanization converged towards the levels observed in the developing world. Structural poverty fell. The condition of women improved substantially, much more than in many others Latin-American countries. Schooling improved rapidly, especially during the sixties. Social mobility also seems to have accelerated. All of this in spite of a mediocre economic performance. Towards the end of the century, however, violence, inequality and unemployment had increased dramatically, not only in comparison to the historical levels but also to the regional averages.

Key words: fertility, education, poverty, income distribution and migration.

JEL Classification: O10, O15.

² Contact information: Alejandro Gaviria, chair of the Economics Department, Universidad de los Andes. email: agaviria@uniandes.edu.co. The author wishes to thank David Gelves for excellent research assistance.

I. Introducción

Este artículo presenta una descripción de las principales transformaciones sociales que tuvieron lugar en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX. La descripción está basada principalmente en la información estadística disponible, especialmente en los censos de población y en las encuestas de hogares. El artículo ilustra los logros, señala los extravíos y describe los cambios más importantes de la sociedad colombiana en un período crucial de su historia.

En Colombia muchos intelectuales e historiadores han negado recurrentemente la existencia de cualquier forma de progreso social. Para ellos, la historia está hecha de frustraciones superpuestas, de fracasos que se repiten de manera regular, casi previsible. Uno de los principales intelectuales y columnistas colombianos describió de esta manera la situación social de la sociedad colombiana en los albores del siglo XXI: “económicamente estamos incluso peor que en los años treinta, en el sentido de que hay todo un empobrecimiento: proletarización de las clases medias, empobrecimiento hasta la miseria absoluta de las clases bajas. Nunca en Colombia tanta proporción de la población había pasado tanto hambre”.

Por la misma época otro intelectual, un conocido novelista, planteó la tesis del fracaso inapelable de las políticas de Estado: “Las soluciones de Estado no han sido beneficiosas. Atizaron el fuego de la guerra, estimularon el crecimiento de la pobreza y precipitaron el éxodo de campesinos hacia las ciudades. ¿Dónde estaba pues el beneficio social y colectivo de esas soluciones?”. Las citas podrían continuar por varias páginas pero la reiteración no es necesaria: muchos intelectuales colombianos parecen incapaces de percibir el cambio social. Niegan casi por principio la posibilidad de cualquier avance.

La fracasomanía, para usar la expresión afortunada de Albert O. Hirschman, tiene muchas manifestaciones. Si no ocurre una redistribución radical de la riqueza o una reducción significativa de la brecha en el ingreso por habitante con respecto a los países en desarrollo, se dice que nada ha cambiado. El aumento de la esperanza de vida, el incremento del alfabetismo, el avance de la educación y el mejoramiento de la condición de la mujer son considerados irrelevantes. O dejados de lado convenientemente. En general, el cambio acumulativo, resultado no de una transformación radical sino del reformismo democrático, tiende a ser ignorado o despreciado.

Como ya se dijo, este artículo estudia algunos los cambios más significativos experimentados por la sociedad colombiana en la segunda parte del siglo XX. El artículo describe inicialmente las transformaciones demográficas y epidemiológicas, presenta luego los cambios en la calidad de vida y en la distribución espacial de la población,

analiza más adelante el avance educativo y sus efectos sobre la distribución del ingreso y la movilidad social, y termina con una mirada a la revolución femenina y a los problemas más recientes de la violencia, el desplazamiento forzado, la migración internacional y el desempleo.

Las cifras muestran que el cambio social fue significativo. La esperanza de vida, la alfabetización y la urbanización convergieron hacia los valores observados en el mundo en desarrollo. La pobreza disminuyó de manera significativa. La condición de la mujer mejoró ostensiblemente, mucho más que en otros países latinoamericanos. La educación creció de manera rápida, al menos durante los años cincuenta y sesenta. Y la movilidad social también parece haber aumentado. Todo a pesar de un mediocre desempeño económico. A finales de siglo, sin embargo, la violencia, la desigualdad y el desempleo habían alcanzado niveles muy altos. Intolerables, en algunos casos.

Tres aclaraciones son de rigor antes de comenzar. En primer lugar, el artículo es más horizontal que vertical, cubre muchos temas pero no siempre con la profundidad necesaria. En segundo lugar, el trabajo concentra su atención en los cambios socioeconómicos. Las transformaciones culturales y las variaciones en las percepciones y expectativas son mencionadas de paso pero no son descritas en forma exhaustiva. Y, finalmente, por razones distintas, por la necesidad de ofrecer una visión más completa o por la dictadura ineludible de las cifras censales, la descripción va en ocasiones más allá del período estipulado e incluye algunas estadísticas y hechos del siglo XXI.

II. Transición demográfica y epidemiológica

Durante la segunda mitad del siglo XX, Colombia experimentó una acelerada transición demográfica. La transición tuvo dos fases claramente diferenciadas. En la primera, que va de 1950 a 1964, la mortalidad continuó el ritmo de descenso acelerado de las décadas precedentes y la fecundidad permaneció invariable, en un nivel muy alto. La combinación de una menor mortalidad y una elevada fecundidad tuvo como resultado un alto crecimiento de la población, un “explosión demográfica”, como se le llamó entonces. En la primera fase de la transición, entre 1950 y 1964, la población colombiana creció a una tasa superior a 3 por ciento anual.

En la segunda fase de la transición, que comenzó en 1965, la fecundidad descendió de manera abrupta y el crecimiento de la población disminuyó de manera concomitante. A finales de los años noventa, culminada ya la segunda fase de la transición demográfica, la población colombiana estaba creciendo a una tasa inferior a 2 por ciento. El cuadro 1 muestra la evolución de la población colombiana durante la segunda mitad del siglo XX. En 1950 la población apenas superaba los 12 millones de personas. Cincuenta años más

tarde, después de culminada la transición demográfica, la población estaba ya por encima de los 40 millones.

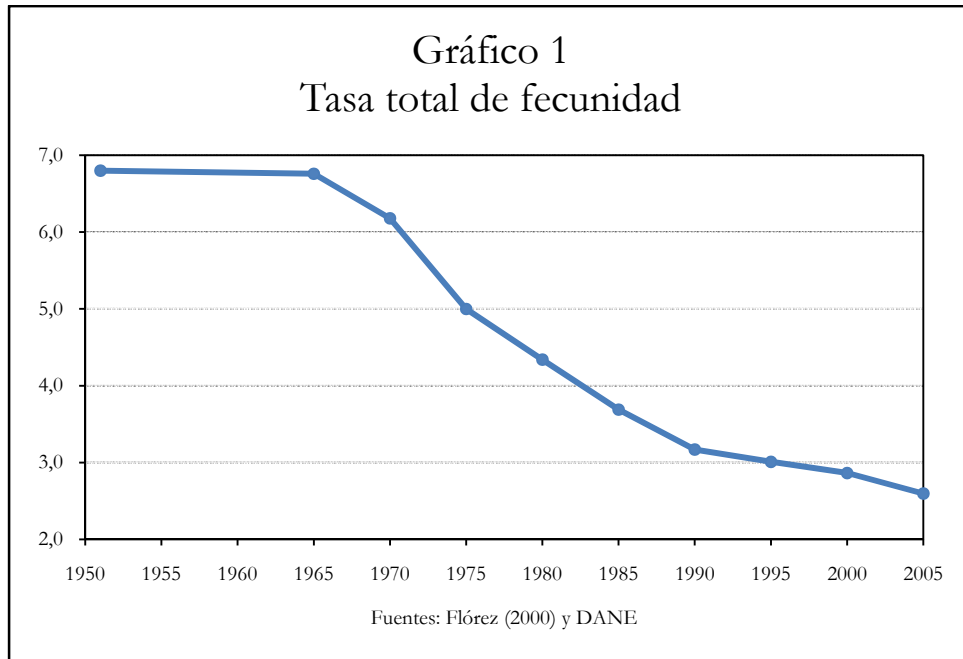
Cuadro 1
Evolución de la población, ajustada por
género (1951-2005)

Censo	Total	Hombres	Mujeres
1951	12.379.910	6.159.005	6.220.905
1964	18.339.973	9.086.879	9.253.094
1973	23.881.851	11.857.579	12.024.272
1985	31.593.587	15.689.461	15.904.126
1993	37.422.791	18.525.860	18.896.931
2005	42.888.592	20.929.632	21.958.959

Fuentes: Flórez (2000) y DANE

Los factores determinantes de la transición demográfica son conocidos. El descenso de la mortalidad es el resultado de la mejoría en las condiciones de nutrición y salubridad y, en última instancia, del desarrollo económico. Por su parte, el descenso de la fecundidad es el resultado de la urbanización, la disponibilidad de métodos anticonceptivos, el avance educativo y los cambios en las aspiraciones y las expectativas de las mujeres (Flórez, 2000; Urrutia, 1990; Miller, 2005). En Colombia la dinámica de refuerzo mutuo entre la menor fecundidad y los factores ya mencionados fue aparentemente más intensa que en otros países en desarrollo. Colombia vivió una “transición demográfica espectacular”, caracterizada por una caída abrupta, sin muchos parangones, de la fecundidad.

El gráfico 1 ilustra el rápido descenso de la fecundidad. La Tasa Total de Fecundidad (TTF) pasó de casi 7,0 hijos por mujer en 1965 a 2,5 hijos a finales del siglo. En veinte años, entre 1965 y 1985, la TTF disminuyó casi 50 por ciento, al pasar de 7,0 a 3,7. Este descenso ha llevado a varios observadores internacionales a calificar la transición de la fecundidad en Colombia como “espectacular” (Flórez, 2000, p. 35). El descenso de la fecundidad fue similar al registrado en algunos países asiáticos, como Corea del Sur, Singapur y Taiwán, que experimentaron una transformación económica sin muchos antecedentes en la historia mundial. En América Latina sólo Cuba, Chile y Costa Rica experimentaron caídas similares en la fecundidad (Flórez, 2000).



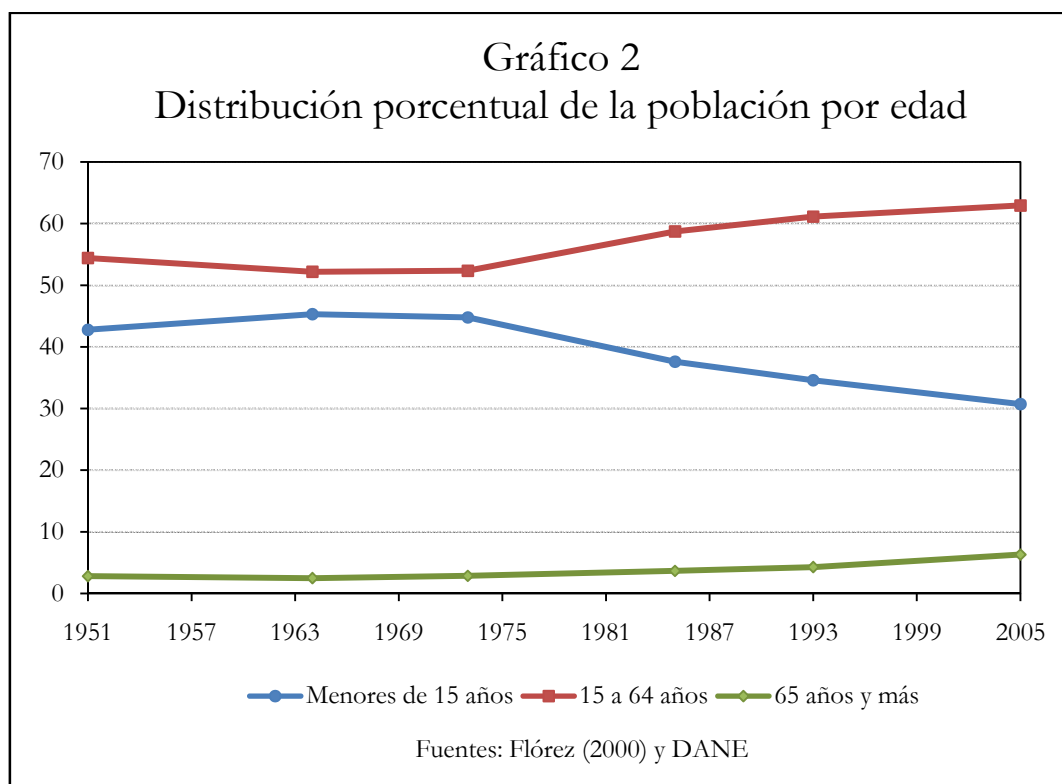
El descenso de la fecundidad no sólo ocurrió en las zonas urbanas. En las zonas rurales, la TTF disminuyó de 8,0 a 4,3 hijos por mujer entre 1965 y 1995. Sin embargo, a finales del siglo XX, la reducción de la fecundidad estaba rezagada dos décadas en las zonas rurales con respecto a las urbanas (Flórez, 2000, p. 38). A mediados de los años noventa del siglo anterior, algunas zonas del Chocó y de los departamentos de la Amazonia y la Orinoquia tenían todavía tasas de fecundidad muy altas, superiores a 5,5 hijos por mujer. Estas regiones, apartadas, relativamente despobladas, fueron la excepción de la gran transformación demográfica que experimentó el país durante la segunda mitad del siglo XX.

La caída en la fecundidad estuvo concentrada en las mujeres mayores de 25 años. Para las mujeres menores de 20 años, la fecundidad aumentó de manera continua desde los años ochenta, tal como ocurrió en otros países de América Latina. Las consecuencias de este aumento son en principio problemáticas. La fecundidad adolescente afecta de manera adversa el desempeño socioeconómico de las madres y las condiciones de salud y nutrición de los niños, y constituye un obstáculo para la movilidad social y la superación de la pobreza (Gaviria y Palau, 2006b). Los embarazos adolescentes, por ejemplo, explican casi 10 por ciento de todos los casos de deserción escolar entre las mujeres menores de veinte años (Gaviria, 2002).

A finales de siglo XX, el porcentaje de mujeres jóvenes que estaban o habían estado embarazadas era de casi 40 por ciento en los hogares más pobres y de menos de 10 por

ciento en los hogares de mayor nivel socioeconómico (Gaviria, 2002). En parte por esta razón, la rápida transición demográfica no logró reducir sustancialmente las diferencias en fecundidad entre grupos sociales. El descenso de la fecundidad fue “espectacular” en promedio. Pero no lo fue tanto para los hogares de menores recursos. A finales de los años noventa, las elevadas y persistentes tasas de fecundidad en las mujeres más pobres eran un factor preponderante en la transmisión intergeneracional de la pobreza. Las trampas de alta pobreza y alta fecundidad no fueron erradicadas por la transición demográfica.

Finalmente, la rápida transición demográfica modificó la distribución por edad de la población. El gráfico 2 ilustra algunas de las transformaciones más significativas. A partir de 1965, el porcentaje de personas menores de quince años comenzó a disminuir rápidamente, mientras que el porcentaje de mayores de 65 años apenas creció levemente. Entre 1950 y 2000, el índice de dependencia, esto es, el porcentaje de personas menores de 15 y mayores de 65 años en la población total, cayó de 90 por ciento a menos de 60 por ciento.



En general, la segunda mitad del siglo XX estuvo caracterizada por un alto índice de dependencia. La primera mitad del siglo XXI será marcadamente distinta. En ella, el índice de dependencia fluctuará alrededor de niveles históricamente bajos, inferiores a 60 por ciento (Montenegro y Rivas, 2005). Esta “ventana de oportunidad demográfica”, como se le ha llamado regularmente, constituye una ocasión única, irrepetible, podría decirse, para aumentar el ahorro, la productividad y, por ende, el crecimiento económico.

Transición epidemiológica

De manera simultánea con la transición demográfica, Colombia experimentó una rápida transición epidemiológica. Las “Bases de un programa de fomento para Colombia”, elaboradas por la llamada Misión Currie en los años cincuenta, resumieron de manera concisa (y dramática) las principales causas de la mortalidad en Colombia a comienzos de los años cincuenta:

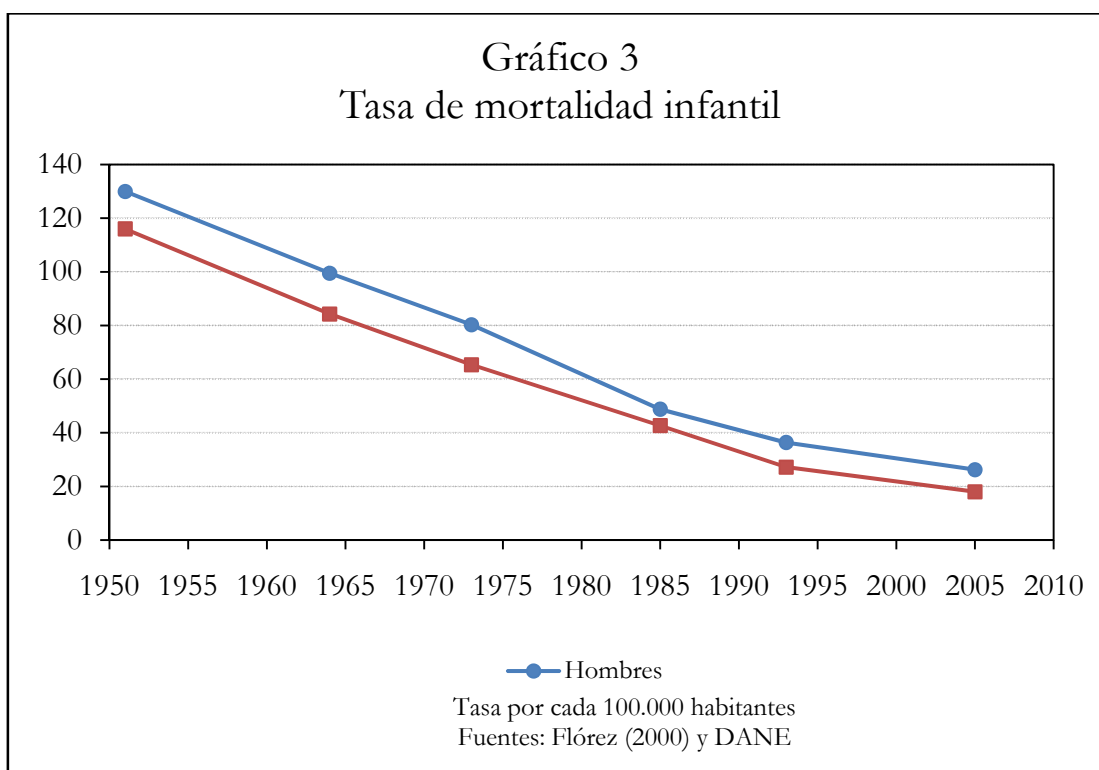
Una característica importante de la mortalidad en Colombia es la muy alta proporción de muertes atribuibles a causas remediables por medio de controles conocidos. Entre éstas, en orden de frecuencia, están: las infecciones intestinales, incluidas la diarrea y la enteritis; las fiebres tifoidea y paratifoidea; la disentería, el paludismo y las enfermedades infecciosas agudas, como la tos ferina y el sarampión. Parece que en Colombia los alumbramientos son particularmente azarosos tanto para la madre como para el niño. (BIRF, 1951, p. 200)

En 1960, las infecciones intestinales, respiratorias y perinatales constituían la principal causa de muerte (Flórez, 2000, p. 11). Con el paso del tiempo estas enfermedades perdieron importancia y los incidentes cerebrovasculares, los tumores malignos, las enfermedades del corazón y las enfermedades isquémicas se convirtieron en las principales causas de mortalidad. A comienzos de los años noventa estas últimas enfermedades representaban alrededor de la mitad de las muertes para las mujeres y una cuarta parte para los hombres. Desde los años ochenta los homicidios se convirtieron en la principal causa de muerte de la población masculina (Flórez, 2000, p. 14).

La transición epidemiológica estuvo acompañada de una reducción sistemática de la mortalidad infantil. En los años cincuenta, cuando las enfermedades infecciosas y perinatales eran comunes, las muertes de niños menores de cinco años representaban aproximadamente la mitad de todas las defunciones (Flórez, 2000, p. 11). Con el cambio epidemiológico, producto, entre otras cosas, de los avances en nutrición, salud y salubridad, la mortalidad infantil se redujo sustancialmente. Durante la transición

epidemiológica, los cambios más significativos en los indicadores de salud ocurrieron en los niños y en las madres gestantes.

El gráfico 3 muestra la evolución de la mortalidad infantil. Entre 1950 y 2005 la tasa pasó de 125 a 22 muertes de niños menores de un año por cada mil nacidos vivos. La reducción más acelerada ocurrió entre 1950 y 1985. En la última década la reducción de la mortalidad se desaceleró significativamente. Las políticas de protección y prevención, que se generalizaron en el país durante los años sesenta, fueron fundamentales en la reducción inicial de la mortalidad infantil. Las mayores coberturas de servicios públicos y la mejoría sistemática de las viviendas, que serán descritas más adelante, también contribuyeron a disminuir las muertes de niños menores de cinco años. Desde mediados de los años noventa, el gasto en salud aumentó de manera sustancial pero las políticas de prevención y protección perdieron importancia como consecuencia de una reorientación del gasto hacia el aseguramiento. Paradójicamente, el estancamiento en el descenso de la mortalidad infantil coincidió con el aumento del gasto público en salud.



La caída en la mortalidad infantil también estuvo asociada a la mejoría sistemática de los indicadores de nutrición. En 1965 aproximadamente una tercera parte de los niños colombianos menores de cinco años estaba desnutrida crónicamente, esto es, tenían una estatura muy baja para su edad. En 1975, el porcentaje de niños desnutridos se había reducido a 22 por ciento. En el año 2000, el mismo porcentaje ya era de 13 por ciento (Profamilia, 2005). La mejoría en los indicadores de nutrición es explicada, entre otras cosas, por la reducción relativa del precio de los alimentos y, en particular, de las proteínas. En 1965 un litro de leche costaba el equivalente a 9 por ciento del salario mínimo diario; en 2000 costaba el equivalente a 2 por ciento. El consumo de huevos se multiplicó por tres entre 1953 y 1970 (Kalmanovitz y López, 2007, p. 163).

La transición epidemiológica también estuvo acompañada de un aumento sustancial en la esperanza de vida al nacer. La esperanza de vida aumentó más de 20 años entre 1950 y 2000. Al comienzo del período estaba por debajo de los 50 años, y al final ya superaba los 70 años. La esperanza de vida creció rápidamente entre 1965 y 1980. Desde mediados de los años ochenta, la esperanza de vida de las mujeres aumentó a un ritmo constante de aproximadamente tres años por década. A causa de la violencia, la esperanza de vida de los hombres progresó mucho más lentamente, a un ritmo inferior a dos años por década. En el año 2000 la esperanza de vida era de 75 años para las mujeres y de 67 años para los hombres.

En Colombia el progreso en los indicadores de salud fue similar al de otros países latinoamericanos (Astorga *et al.*, 2005). El aumento de la esperanza de vida al nacer fue casi idéntico al registrado en Ecuador, México, Venezuela y República Dominicana. Y levemente inferior al registrado en Brasil y Chile. Argentina, Uruguay y Costa Rica, que tenían una esperanza de vida cercana a los 60 años en 1950, experimentaron un progreso menor. En términos generales las diferencias entre los países latinoamericanos (y entre América Latina y Estados Unidos) se redujeron de manera significativa durante la segunda parte del siglo XX. Al igual que otros países latinoamericanos, Colombia experimentó una rápida convergencia social.

La convergencia social ocurrió a pesar de las crecientes disparidades económicas. En 1950, el producto por habitante de Colombia representaba el 12 por ciento del producto por habitante de Estados Unidos. En el año 2000 representaba apenas 10 por ciento. La distancia económica creció en lugar de reducirse. En contraste, la distancia social se redujo sustancialmente. En 1950 la diferencia en la esperanza de vida al nacer entre Colombia y Estados Unidos era de 22 años. En el año 2000 era de apenas 8 años. En

términos porcentuales, la esperanza de vida al nacer en Estados Unidos pasó de 71 a 93. La convergencia social ocurrió a pesar de las grandes y crecientes diferencias no sólo en el ingreso por habitante, sino también en el gasto social y en la distribución del ingreso.

En retrospectiva, al menos, la convergencia social tiene explicaciones inmediatas. La mejoría de los indicadores de salud, por una parte, depende más de la difusión de conocimientos y prácticas culturales que del incremento de los ingresos. Por otra parte, la mejoría tiende a ser acumulativa. Hirschman (1996) llamó a este último fenómeno el “efecto cremallera”: después de subir, los indicadores permanecen elevados sin necesidad de ninguna fuerza que los sostenga en la nueva posición. Muchas prácticas provechosas no se descartan una vez aprendidas. Por ejemplo, una vez los padres de familia toman conciencia sobre la importancia de la educación, la vacunación o la adecuada nutrición de sus hijos, la enseñanza queda grabada y se mantiene en sus mentes a pesar de los vaivenes de la economía o las inclemencias del desempleo (Hirschman, 1996, p. 184).

Por algún tiempo, especialmente durante los años sesenta, cuando las economías latinoamericanas estaban creciendo rápidamente, muchos economistas y científicos sociales argumentaron en forma reiterada que los indicadores económicos eran inadecuados o insuficientes para medir el progreso social. Decían, entre otras cosas, que los indicadores de crecimiento deberían ser reemplazados o complementados con indicadores de desarrollo, con medidas que tuvieran en cuenta otras dimensiones del bienestar: la salud, la educación, la vivienda, etc. Paradójicamente, las cifras muestran que en Colombia (lo mismo es cierto para casi toda América Latina) hubo mucho más desarrollo que crecimiento, más progreso social que avance económico.

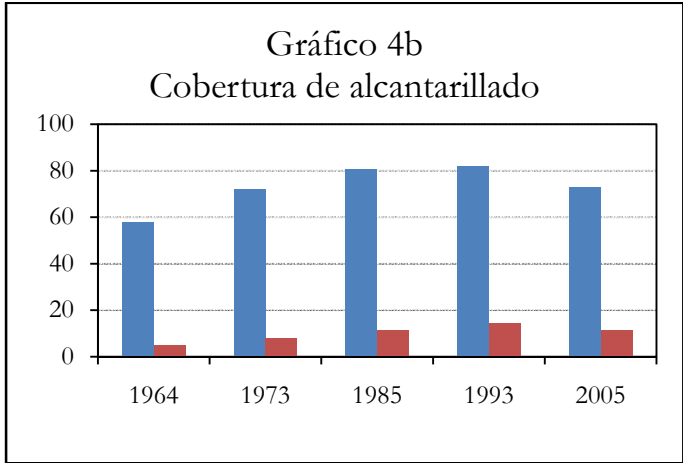
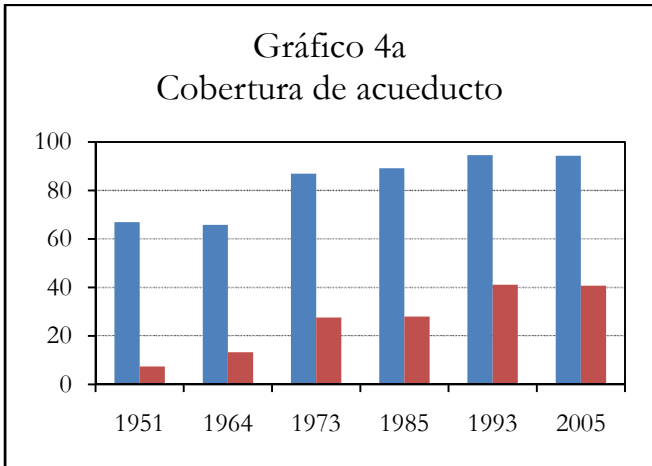
“Es desconcertante –escribió Albert O. Hirschman (1996)–, aunque agradable, la noticia de que algunos indicadores sociales pintan ahora un panorama más alentador de las transformaciones que están ocurriendo en nuestra sociedad que los mismos indicadores económicos”

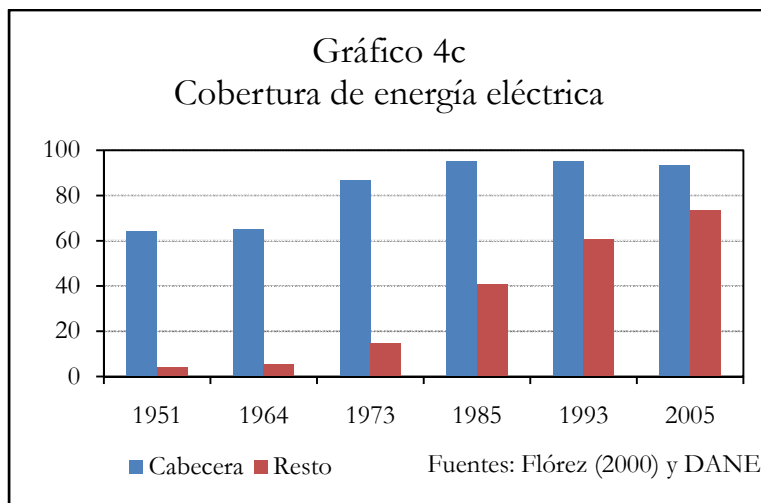
III. Progreso socioeconómico y cambios en los patrones de consumo

El progreso de los indicadores de salud y nutrición estuvo acompañado de un avance sistemático de la cobertura de servicios públicos, la calidad de las viviendas, la posesión de bienes durables y el consumo de algunos bienes indispensables. El gráfico 4a muestra los cambios en la cobertura de acueducto tanto en las cabeceras municipales como en las zonas rurales. En ambos casos hubo avances notables durante los años sesenta y setenta. En las cabeceras la cobertura alcanzó niveles muy altos, cercanos al 95 por ciento; en el

resto del país la cobertura se mantuvo por debajo del 50 por ciento. Durante los años noventa los avances se estancaron completamente a pesar del mayor gasto social; la ineficiencia del gasto, asociada con frecuencia a la corrupción, así como los costos marginales crecientes –inevitables en un proceso de expansión–, pueden explicar los malos resultados de los últimos años.

El gráfico 4b muestra los cambios en la cobertura de alcantarillado. Por fuera de las cabeceras municipales el progreso fue escaso en todo el período y nulo desde mediados de los años ochenta. En las cabeceras, el avance fue notable en los años setenta, mediocre en los ochenta y negativo en los noventa. El gráfico 4c muestra la evolución de la cobertura de energía eléctrica. Por fuera de las cabeceras, el progreso fue evidente: la cobertura pasó de 4 a 74 por ciento. En las cabeceras, la cobertura aumentó de 64 a 94 por ciento, un progreso similar al observado en la cobertura de acueducto.



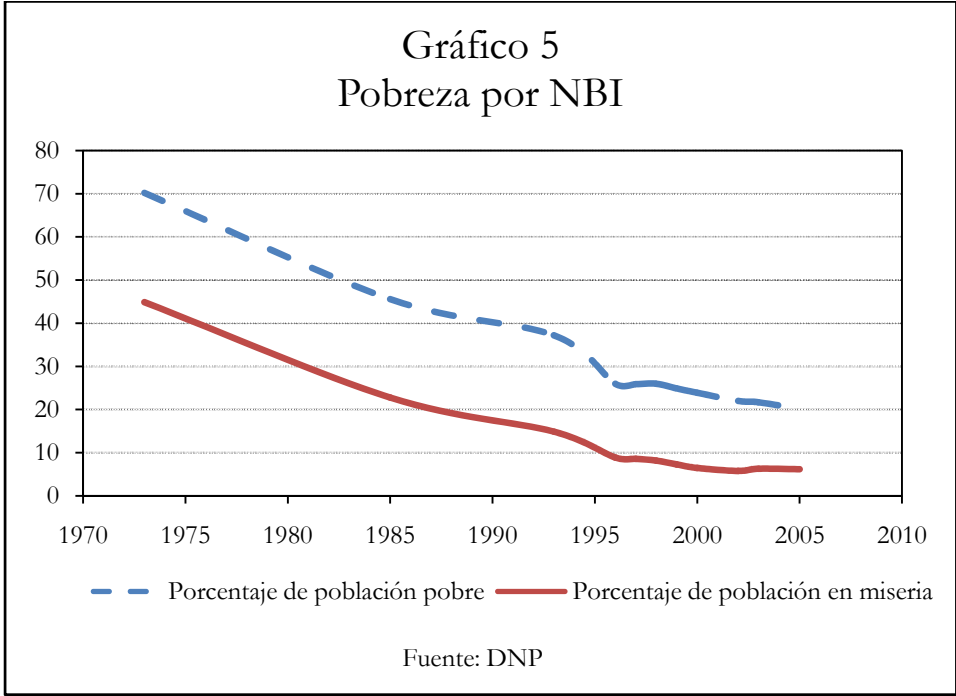


La calidad de las viviendas también mejoró ostensiblemente en la segunda mitad del siglo XX. En 1950 la casi totalidad de las viviendas de los hogares de bajos ingresos, especialmente en las áreas rurales, tenía pisos de tierra y paredes de barro pisado. Sólo las viviendas de los hogares de altos ingresos contaban con paredes de concreto y pisos de baldosa. Las “Bases de un programa de fomento para Colombia”, escritas a comienzos de los años cincuenta, llamaron la atención sobre la mala calidad de las viviendas existentes en el país: “las viviendas carecen de implementos domésticos, agua corriente y alcantarillado [...] Tanto cualitativa como cuantitativamente, las viviendas son inadecuadas. La casa promedio, de unos 20 metros cuadrados, abriga 6,4 personas. Se calcula que unas 200 mil viviendas tienen menos de 12 metros, lo que indica un horrible hacinamiento” (BIRF, 1951, p. 267).

Entre 1951 y 2005, el porcentaje de viviendas con piso de tierra pasó de 25 por ciento a 3 por ciento en las cabeceras municipales y de 67 por ciento a 30 por ciento en el resto del país. El progreso cualitativo fue notable en muchas dimensiones. Sin embargo, a comienzos del siglo XXI el número de hogares que cohabitaban o que vivían en viviendas sin acueducto o sin alcantarillado o con pisos de tierra era de aproximadamente 1,4 millones, 18 por ciento del total (Torres, 2003). En las principales áreas metropolitanas del país los esquemas de subsidios a la demanda, implantados desde comienzos de los años noventa, resultaron insuficientes para disminuir el déficit de viviendas: en varias ciudades la falta de suelos apropiados, más que la carencia de ingresos, se convirtió en el principal obstáculo para el desarrollo de viviendas nuevas.

El progreso social también se manifestó en otros indicadores. El número de vehículos de pasajeros pasó de menos de tres por cada mil habitantes en 1950 a más de 20 en el año 2000. El crecimiento fue notable pero el número de vehículos todavía era muy inferior al observado en Argentina o Chile. El uso de textiles de algodón, bastante raro en los años cincuenta, se generalizó casi completamente en los años ochenta (BIRF, 1951, p. 11). En los años noventa el aumento acelerado de la cobertura de gas natural eliminó completamente el uso del cocinol y de otros combustibles peligrosos, al menos en la ciudad de Bogotá. En promedio, la cobertura de gas natural pasó de 9 por ciento en 1993 a 35 por ciento en 2003.

Finalmente, el gráfico 5 muestra el cambio en las tasas de pobreza y miseria, medidas a partir del indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Este indicador está compuesto de tres grupos de variables: las características de las viviendas (viviendas inadecuadas, hacinamiento crítico y servicios inadecuados), la dependencia económica (más de tres personas en el hogar por persona activa y jefe con baja educación) y la inasistencia escolar de los niños y jóvenes. La tasa de pobreza mide el porcentaje de hogares con una necesidad insatisfecha, y la de miseria, el porcentaje con dos o más necesidades sin satisfacer.



Entre 1973 y 2005 las tasas de pobreza y miseria disminuyeron de manera continua. La primera pasó de 70 a 20 por ciento, y la segunda, de 45 a 6 por ciento. El progreso no tuvo retrocesos a pesar de los vaivenes de la economía pero perdió fuerza desde 1995, probablemente como consecuencia de la crisis económica de finales de siglo. De todos modos, el descenso continuo de este indicador, asociado más a la expansión de los servicios públicos y los programas sociales que al mismo crecimiento de los ingresos, refuerza la conclusión de la sección anterior, a saber: el desarrollo social fue mucho más significativo que el crecimiento económico. O puesto de otra manera, el desarrollo social tuvo lugar a pesar de los malos o mediocres resultados económicos. Incluso la crisis de fin de siglo no causó un retroceso en los indicadores de NBI.

Hábitos de consumo

Los patrones de consumo de la población colombiana cambiaron sustancialmente durante la segunda parte del siglo XX. Infortunadamente, los cambios ocurridos no son fáciles de documentar de manera detallada. Las primeras encuestas de ingresos y gastos se hicieron en los años setenta. Los censos nunca han incluido preguntas sobre el consumo de los hogares o las personas. Y en general el país no cuenta con mediciones sistemáticas y prolongadas de los hábitos de consumo de la población. Por lo tanto, la investigación retrospectiva sobre los patrones de consumo debe acudir a mediciones indirectas.

Afortunadamente, las canastas de bienes y servicios utilizadas para calcular el Índice de Precios al Consumidor (IPC) dan una idea aproximada de los cambios en el consumo. Durante la primera mitad del siglo XX, el IPC fue calculado por el Banco de la República y la Contraloría General de la Nación. Desde 1954 ha sido calculado de manera sistemática por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). El DANE ha modificado varias veces la canasta de bienes y servicios, con el fin de ajustarla a los cambios sociales, económicos y tecnológicos. Las comparaciones entre canastas pueden, entonces, dar una idea de los cambios en los hábitos de consumo desde una perspectiva de largo plazo.

El cuadro 2 describe brevemente las canastas usadas por el DANE desde 1954. El número de ciudades incluidas en la medición se ha ampliado en forma considerable. Inicialmente, la clasificación socioeconómica estuvo basada en categorías ocupacionales pero a partir de 1978 ha estado basada en los ingresos del hogar. Los grupos de gasto incluidos se han expandido. Del grupo “misceláneo” de los años cincuenta se desprendieron tres grupos: “salud”, “educación” y “transporte y comunicaciones”. Los bienes incluidos también han crecido notablemente. La primera canasta (IPC-20) incluía 199 artículos; la última (IPC-80) incluye 423.

La participación de los alimentos en el total del consumo disminuyó de 50 por ciento en el IPC-40 a 30 por ciento en el IPC-08. La participación del vestuario cayó de 10 a 5 por ciento, aproximadamente. La participación de la vivienda ha permanecido estable alrededor de 30 por ciento. Las participaciones de la educación y la vivienda también se mantuvieron más o menos estables. Finalmente, la participación del transporte y las comunicaciones pasó de un porcentaje casi despreciable a 20 por ciento.

El cuadro 3 compara la canasta del IPC-20 (1954) con la del IPC-08 (2008). La primera columna lista algunos bienes del IPC-20 que no están en el IPC-08. La segunda, por su parte, lista algunos bienes del IPC-08 que no están en el IPC-20. El carbón le dio paso al gas como combustible para la cocción de alimentos. El telegrama fue desplazado por la telefonía móvil. El tradicional cuchuco de cebada perdió su espacio y la hamburguesa ganó el suyo. Los platones de aluminio de la cocina cedieron el paso a las neveras y lavadoras, etcétera.

Algunos bienes y servicios cambiaron de nombre entre el IPC-20 (1954) y el IPC-08 (2008). Los cambios de nombre reflejan no sólo la evolución natural del lenguaje sino también la sofisticación o el cambio cualitativo de algunos bienes y servicios. El simple cepillo de dientes se convirtió en higiene oral. El jabón, en higiene corporal. El lavado y planchado, en lavandería. Y el médico general, en medicina especializada.

Cuadro 2				
Evolución de las canastas del IPC				
(1954-2008)				
Canasta	Vigencia	Ciudades cubiertas	Grupos de gasto	Cobertura socioeconómica
IPC-20	1954-1978	7	4	Empleados y obreros
IPC-40	1978-1988	7	4	Ingresos medios y bajos
IPC-60	1988-1998	13	7	Ingresos medios y bajos
IPC-60	1998-2008	13	8	Ingresos altos, medios y bajos
IPC-08	2008-	24	9	Ingresos altos, medios y bajos

Fuente: DANE

Cuadro 3	
Algunos cambios en los gastos básicos	
Gastos del IPC-20 que no están en el IPC-08	Gastos del IPC-08 que no están en el IPC-20
Cuchuco de cebada	Hamburguesa
Carbón mineral	Frutas de conserva
Carbón vegetal	Gas
Espermas	Gastos de cafetería
Petróleo	Imágenes diagnósticas
Ferrocarril	Lavadora
Telegrama	Equipos de telefonía móvil
Cajas de previsión sindicales	Otras medicinas y anticonceptivos
Platón de aluminio	Nevera
Telas	Computadores, impresoras y otros aparatos

Fuente: DANE

IV. Urbanización

La disminución de la fecundidad, el aumento de la esperanza de vida y la mejoría general en las condiciones de vida de la población son explicados en buena medida por el acelerado proceso de urbanización que experimentó la sociedad colombiana durante todo el siglo XX. El grado de urbanización, definido como el porcentaje de la población total que vive en las cabeceras municipales, pasó de 39 por ciento en 1951 a 74 por ciento en 2005 (Flórez, 2000 y DANE). Entre 1951 y 2005 la población urbana pasó de menos de cinco millones a más de 30 millones. Por su parte, la población rural pasó de más de siete millones a menos de doce. En las últimas dos décadas del siglo XX el número absoluto de pobladores rurales se mantuvo más o menos constante.

La urbanización aumentó aceleradamente en la primera parte del período de análisis. Entre los años censales 1951 y 1964, el grado de urbanización pasó de 39 a 52 por ciento, un aumento equivalente a una tasa anual de 26 por mil. Entre 1964 y 2005, la urbanización aumentó de 52 a 74 por ciento, lo que equivale a una tasa anual mucho menor, de apenas 13 por mil. La desaceleración fue especialmente pronunciada durante

los años setenta y ochenta. Desde mediados de los años noventa el grado de urbanización volvió a acelerarse como consecuencia, entre otras cosas, del desplazamiento forzado. Aunque las cifras son motivo de debate, aproximadamente 3,5 millones de pobladores rurales fueron obligados a migrar hacia las cabeceras municipales entre 1995 y 2008 (Ibáñez, 2008).

El aumento de la urbanización, especialmente al comienzo del período, fue el resultado de “la transferencia neta de población rural a las localidades urbanas” (Flórez, 2000, p. 64). La migración hacia las cabeceras municipales es explicada, a su vez, por las ventajas socioeconómicas, en particular, por los diferenciales de salarios y las brechas en la cantidad y calidad de los servicios sociales entre la ciudad y el campo. Durante los años cincuenta la violencia también contribuyó a la rápida urbanización pero lo hizo en menor grado que los factores socioeconómicos ya mencionados (Urrutia, 1990).

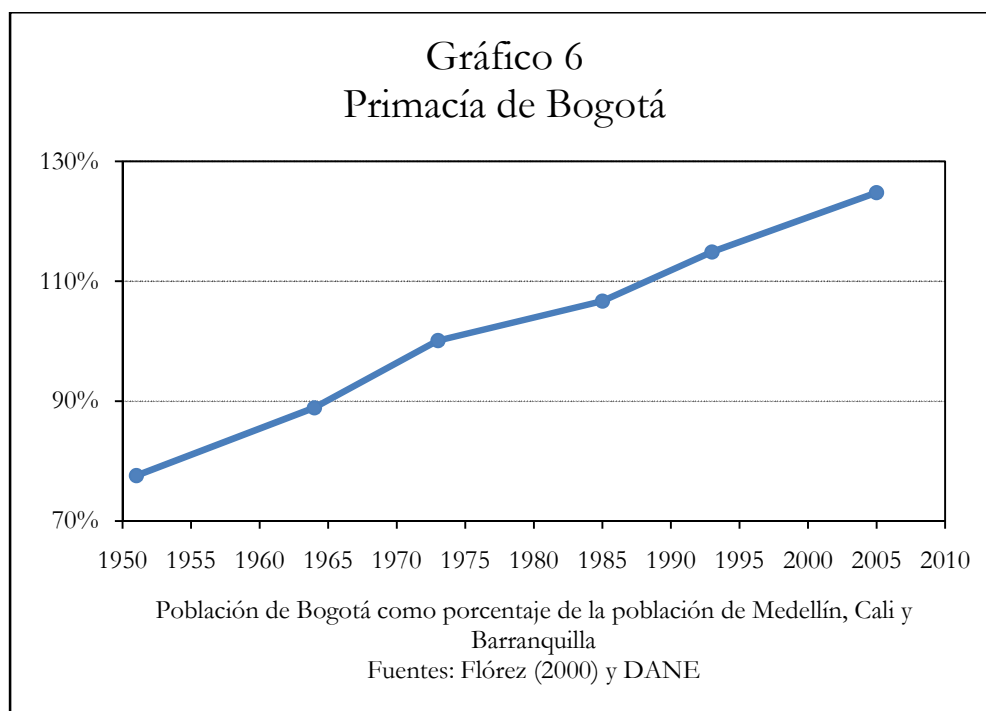
Cuantitativamente, el proceso de urbanización en Colombia fue similar al ocurrido en Brasil y en Perú. En Argentina y Chile el proceso comenzó varias décadas atrás y tomó más tiempo. En Venezuela, por el contrario, fue más acelerado: entre 1950 y 2000 el grado de urbanización de Venezuela pasó de 27 a 84 por ciento (Prados, 2007). En general, Colombia vivió un proceso de urbanización típico, similar en su velocidad y magnitud al ocurrido en otros países de la región que tenían, al comienzo del período de análisis, un nivel de desarrollo similar. Esta similitud contradice las opiniones, populares en los años sesenta y setenta, que le atribuían a la violencia política un papel preponderante en la urbanización.

Las cuatro principales aglomeraciones urbanas del país –las áreas metropolitanas de Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla– crecieron a un ritmo similar al resto de la población urbana. Esto es, el aumento del grado de urbanización no estuvo acompañado de un crecimiento de la concentración urbana, como sí ocurrió en otros países latinoamericanos. En 1951 las cuatro principales áreas metropolitanas del país representaban 14 por ciento de la población total y 48 por ciento de la población urbana³. En 2005, representaban 31 y 51 por ciento, respectivamente.

Finalmente, la ciudad de Bogotá ha venido creciendo como porcentaje de la población total, de la población urbana y de la población de las principales cuatro ciudades del país. El gráfico 6 muestra la evolución del tamaño relativo de Bogotá con respecto al tamaño

³ El área metropolitana de Bogotá comprende el Distrito Capital y los municipios de Soacha, Mosquera, Funza, Cota y Chía; la de Medellín, la ciudad de Medellín y los municipios de Bello, Copacabana, Barbosa, Itagüí, Envigado, Sabaneta, Caldas y La Estrella; la de Cali, la ciudad de Santiago de Cali y los municipios de Palmira, Yumbo, Jamundí y Candelaria, y la de Barranquilla, el distrito de Barranquilla y los municipios de Soledad, Galapa, Puerto Colombia y Malambo.

conjunto de Medellín, Cali y Barranquilla. En 1951 la población de Bogotá ascendía a 80 por ciento de la población conjunta de las tres ciudades mencionadas; en 2005, este porcentaje ya llegaba a 125 por ciento. Más allá del crecimiento de la población, Bogotá concentraba, a finales de los años noventa, una buena parte de la actividad económica, cultural y (por supuesto) política. En 1998 Bogotá reunía 40 por ciento del mercado de vehículos, 50 por ciento de la actividad financiera y 60 por ciento del parque informático del país (Flórez, 2000).



En los primeros años del nuevo siglo, la primacía de la ciudad de Bogotá ha seguido consolidándose. La creciente importancia de Bogotá es paradójica, al menos a la luz de algunas reformas económicas implantadas a comienzos de los años noventa. La apertura económica, en particular, estaba llamada a aumentar la importancia de las ciudades cercanas a las costas y a disminuir, por lo tanto, la primacía de la capital. Así ocurrió, por ejemplo, en México, donde, después de la firma del tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, la preponderancia económica y demográfica de Distrito Federal inició un proceso continuo de declive (Krugman y Livas, 1996).

Las causas de la creciente importancia de Bogotá y sus alrededores no han sido examinadas en forma sistemática. Probablemente, las economías de escala y de aglomeración explican parcialmente lo ocurrido. Además, el crecimiento del tamaño del Estado, que, por razones obvias, beneficia a la ciudad de Bogotá, también pudo haber contribuido (Gaviria y Stein, 2000). Finalmente, Bogotá se consolidó desde los años noventa como un modelo de gestión urbana y prestación de servicios sociales, lo cual pudo haber atraído no sólo más migrantes en busca de mayores subsidios sino también firmas y empresarios en busca mejores servicios.

V. Avance educativo, desigualdad y movilidad social

La urbanización y la transición demográfica estuvieron acompañadas de un importante progreso de la educación. Como suele ocurrir en los procesos acelerados de transformación social, el avance educativo fue causa y consecuencia del aumento en la urbanización y de la caída de la fecundidad: contribuyó a la urbanización y al descenso de la fecundidad y fue al mismo tiempo impulsado por estos fenómenos. El aumento en el gasto en educación ocurrido a finales de los años cincuenta y a comienzos de los años noventa también favoreció grandemente al avance educativo.

La tasa de alfabetización pasó de 63 por ciento en 1950 a 93 por ciento en el año 2000. Esta progresión fue similar a la observada en otros países latinoamericanos como Brasil, México y Perú. Durante el período de análisis las tasas de alfabetización convergieron en América Latina (Astorga *et al.*, 2005). En 1950 la diferencia entre Colombia y Argentina ascendía a 27 puntos porcentuales. En el año 2000 se había reducido a 5 puntos. En el mismo período las tasas de alfabetización promedio en América Latina se acercaron a las de Estados Unidos. Como se dijo anteriormente, la convergencia social ocurrió a pesar de la divergencia en el ingreso por habitante.

Durante los años cincuenta y sesenta Colombia experimentó un avance educativo sin precedentes en su historia (Ramírez y Téllez, 2007). El número de alumnos en primaria creció a una tasa promedio anual superior a 7 por ciento: la tasa de escolaridad bruta en educación primaria llegó a ciento por ciento a comienzos de los años setenta⁴. El número de alumnos en secundaria creció a una tasa incluso mayor, por encima del 12 por ciento anual. En secundaria la tasa de escolaridad bruta pasó de 5 a 30 por ciento. El número de

⁴ La tasa de escolarización bruta se calcula como el cociente entre el número total de estudiantes en la escuela primaria y la población total entre siete y once años. Las tasas brutas son usualmente superiores a ciento por ciento, por cuenta de los estudiantes mayores de 11 años en la escuela primaria.

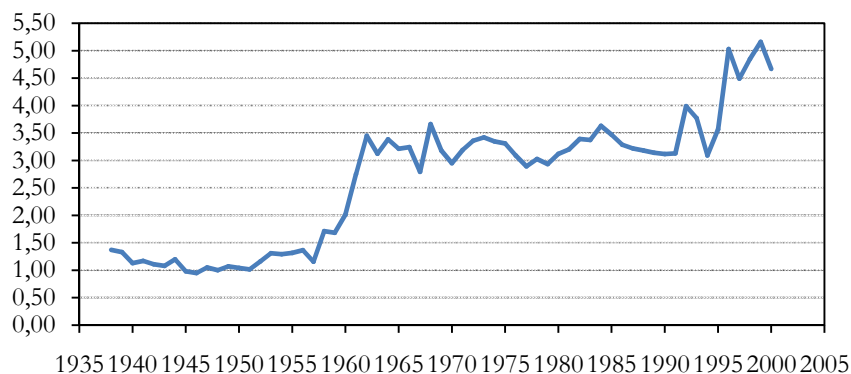
profesores y el número de establecimientos educativos también crecieron a tasas muy altas: la expansión educativa no produjo problemas de hacinamiento escolar.

Desde mediados de los años setenta el avance educativo perdió impulso. Los estudiantes, los docentes y los establecimientos educativos, que habían crecido rápidamente en las décadas anteriores, dejaron de crecer. En la educación primaria la tasa de escolaridad bruta se estancó; en la secundaria aumentó sólo algunos puntos porcentuales. Este estancamiento general coincidió con una disminución en el gasto público y con el traslado de las obligaciones en materia de educación de los departamentos a la Nación (Ramírez y Téllez, 2007).

En los años noventa el progreso educativo tomó un segundo aire. La tasa de escolaridad bruta en primaria volvió a crecer después de un largo estancamiento. Más importante aún, el avance en secundaria se aceleró de manera sustancial: la tasa bruta pasó de 40 por ciento a 70 por ciento entre 1986 y 2000. A finales de siglo la tasa de escolaridad en secundaria era similar a la de Venezuela, superior a la de Brasil e inferior a las tasas de Argentina, Chile y Perú. El avance reciente estuvo muy concentrado en las zonas rurales y coincidió con la elevación del gasto público y la descentralización, ambas ordenadas por la Constitución de 1991.

El gráfico 7 muestra la evolución del gasto público en educación como porcentaje del producto total. El gasto aumentó sustancialmente en dos momentos del tiempo: a comienzos de los años sesenta y a comienzos de los noventa (Ramírez y Téllez, 2007). Ambos aumentos fueron el resultado de sendas reformas constitucionales, que obligaron, en un caso, a destinar el 10 por ciento del presupuesto nacional al gasto en educación, y en otro, a priorizar el gasto social. Estas reformas constitucionales permitieron un avance educativo sustancial, con la excepción notable del bache de los años setenta y ochenta. En suma, el progreso educativo en Colombia se originó no tanto en la voluntad de un gobierno o un partido, sino en acuerdos sociales más amplios que tuvieron, como ya se dijo, una materialización constitucional.

Gráfico 7
Gasto público en educación como
porcentaje del PIB



Fuente: Ramírez y Téllez (2007)

Con el tiempo, el aumento en las tasas de escolaridad hizo que los años de educación de la población adulta crecieran significativamente. En 1965 un colombiano mayor de edad tomado al azar de la población tenía tres años de educación; en 2005 tenía ocho años de educación aprobados. El porcentaje de mayores de edad sin educación pasó de 50 por ciento en 1951 a 10 por ciento en 2005. El porcentaje con educación superior pasó, en el mismo lapso, de menos de 1 por ciento a más de 12 por ciento. Los cambios mencionados tuvieron un impacto sustancial no sólo sobre la calidad de vida de la población, sino también, como se estudiará más adelante, sobre la distribución del ingreso y las posibilidades de movilidad social.

Más allá del crecimiento en las tasas de escolaridad, notable sin duda, la calidad de la educación ha sido una preocupación permanente desde los años sesenta. Las primeras misiones educativas que visitaron el país, en los años sesenta, señalaron con preocupación la baja calidad de la educación pública y la pobre capacitación de los docentes (Ramírez y Téllez, 2007). Desde los años setenta los planes de desarrollo, casi sin excepción, llamaron la atención sobre el mismo problema. Más recientemente, las pruebas estandarizadas internacionales han confirmado los diagnósticos más pesimistas: los resultados de los estudiantes colombianos están entre los peores del mundo en desarrollo. En matemáticas, por ejemplo, más de la mitad de los estudiantes colombianos están en los niveles inferiores de calidad, esto es, son incapaces de realizar una operación aritmética simple como calcular un porcentaje.

La mala calidad de la educación tiene causas diversas. Usualmente, la discusión internacional se divide en dos grandes grupos: quienes enfatizan los recursos y quienes enfatizan los incentivos a los docentes y los sistemas de rendición de cuentas (Hanushek, 2002). En Colombia ambas dimensiones son importantes. Los recursos invertidos en la dotación física de las escuelas y colegios son, en algunos casos, insuficientes y, en otros, inexistentes. Y los incentivos a los docentes no premian el buen desempeño en el aula de clase o el aprendizaje de los alumnos. En Colombia, por ejemplo, la posición en el escalafón o los años de educación de los maestros no guardan ninguna relación con el desempeño de los estudiantes en pruebas estandarizadas, es decir, la remuneración y el ascenso en el escalafón nada tienen que ver con la calidad de la enseñanza impartida (Gaviria, 2002).

La mejoría de la calidad de la educación sigue siendo uno de los grandes temas pendientes de la sociedad colombiana. Este desafío es compartido con muchos otros países latinoamericanos. El aumento de la calidad de la educación básica requiere, ante todo, claridad de visión y continuidad en las políticas (Gaviria, 2002). En el tema de la calidad, contrario a lo que ocurre con la cantidad, las revoluciones educativas simplemente no son posibles.

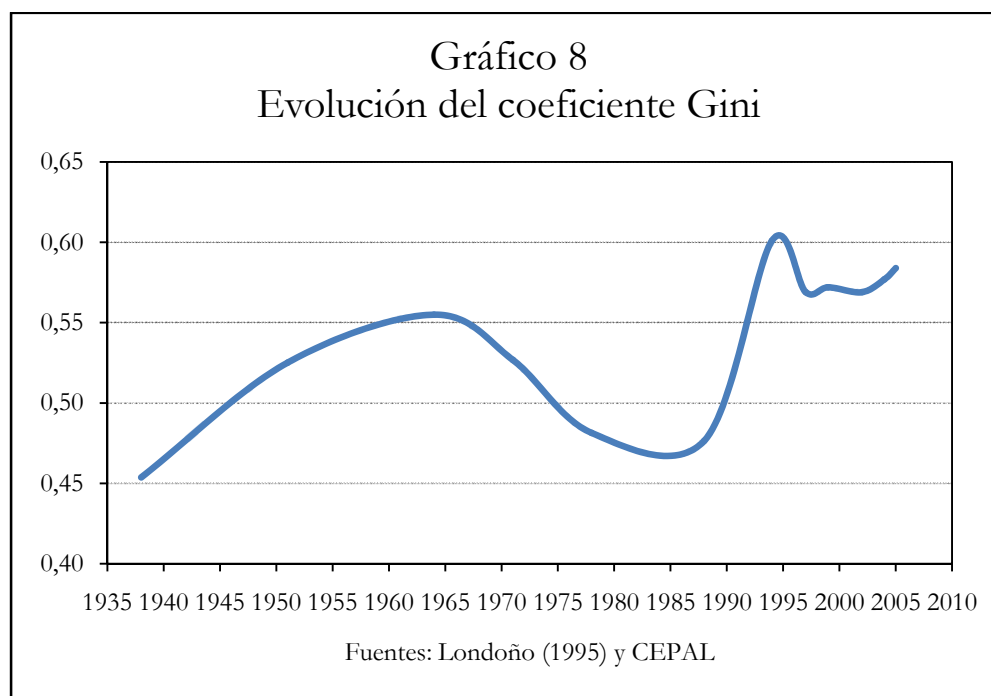
Distribución y movilidad social

La transformación de la economía colombiana, la urbanización, el avance educativo y el descenso de la fecundidad tuvieron consecuencias distributivas: modificaron la distribución del ingreso y de las oportunidades, por medios intrincados y poderosos. En particular, los cambios de la oferta y la demanda de capital humano parecen haber sido las fuerzas preponderantes en la dinámica distributiva y en los cambios en la movilidad social.

El gráfico 8 muestra los cambios en el coeficiente Gini durante la segunda mitad del siglo XX⁵. Las cifras históricas sugieren la existencia de tres períodos bien diferenciados. En el primero, que se extiende hasta mediados de los años sesenta, la desigualdad creció de manera continua; en el segundo, que va hasta finales de los años ochenta, la desigualdad disminuyó de manera rápida; y en el tercero, que comienza en los años noventa, la desigualdad volvió a crecer de forma aún más acelerada. La desigualdad observada a

⁵ El coeficiente Gini es una medida estándar de la concentración del ingreso. En teoría, varía entre 0 a 1: 0 significa igualdad absoluta; 1, desigualdad extrema, en la cual una sola persona u hogar concentra la totalidad de los ingresos. En la práctica el Gini fluctúa entre 0,25 y 0,65: el primer valor ha sido observado en algunos países escandinavos, y el segundo, en varios países latinoamericanos y africanos.

finales del siglo XX era mayor a la estimada para los años cincuenta, y posiblemente una de las mayores de la historia moderna del país.



Las causas de los cambios en la distribución no han sido esclarecidas plenamente y son todavía motivo de debate entre los historiadores económicos. Posiblemente, el aumento de la desigualdad en el primer período tuvo como causa la conjunción entre una rápida transformación de la economía y unos grandes rezagos en materia educativa, acumulados desde el siglo XIX. Desde los años treinta del siglo XX la economía colombiana experimentó una rápida transformación estructural, mucho más acelerada, por ejemplo, que la de otras economías latinoamericanas. La transformación aumentó el capital físico, elevó fuertemente la productividad del capital humano, incrementó la remuneración relativa de los trabajadores con alguna educación y aumentó, por lo tanto, la desigualdad del ingreso. En suma, la escasez relativa de mano de obra calificada, en un momento de acelerada transformación económica, explica el aumento de la desigualdad anterior a 1965 (Londoño, 1995).

En palabras de Londoño (1995, p. 185), “el empeoramiento en la distribución en la primera fase fue muy agudo por el hecho de que, dado el ritmo acelerado de la transformación estructural y de la acumulación, se produjo un gran retraso en la respuesta del avance en la productividad de la agricultura y en la formación de capital humano”. Pero el retraso se superó como consecuencia del progreso educativo, ya

descrito, que tuvo lugar en los años sesenta. La expansión de la educación aumentó la oferta de trabajadores calificados, disminuyó la brecha salarial entre éstos y los trabajadores no calificados y contribuyó por esta vía al rápido descenso de la desigualdad del ingreso. En otras palabras, la desigualdad disminuyó, pues Colombia logró ponerse al día con las exigencias de la transformación estructural en materia educativa (Londoño, 1995).

A comienzos de los años noventa, la desigualdad volvió a aumentar como resultado, nuevamente, de una ampliación de la brecha salarial entre los trabajadores calificados y los no calificados. En esta oportunidad la causa no fue una transformación estructural endógena, sino dos choques exógenos bien conocidos: un cambio tecnológico acelerado que aumentó la productividad del capital humano y una expansión del comercio mundial, la globalización, que mantuvo a raya los salarios de los trabajadores no calificados. En casi todos los países del mundo, desarrollados y en desarrollo, la remuneración relativa de los profesionales con respecto al resto de trabajadores aumentó fuertemente, lo que condujo, a su vez, a un crecimiento generalizado de la desigualdad del ingreso.

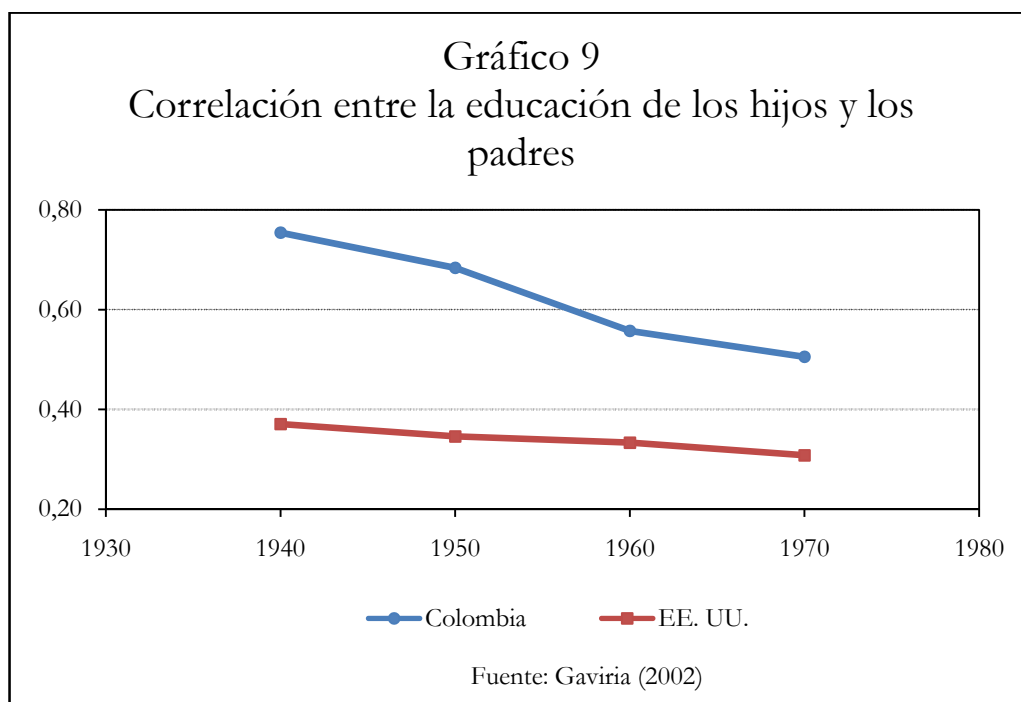
Así, el empeoramiento reciente en la distribución fue producto de la combinación de una rápida transformación económica (asociada esta vez a fenómenos de escala global) y un retraso educativo (asociado a una oferta limitada de trabajadores con educación superior y técnica). En los primeros años del nuevo siglo, el avance educativo ha sido insuficiente, y los altos costos laborales han estimulado la informalidad y reducido la remuneración relativa de los trabajadores sin educación superior. Con todo, la desigualdad ha continuado creciendo. El aumento de la desigualdad durante los años noventa fue un fenómeno generalizado que afectó la totalidad de los países latinoamericanos; el aumento reciente es un fenómeno peculiar que ha impactado a Colombia pero no a los otros países grandes de la región.

El avance educativo también tuvo un impacto sobre la movilidad social. A diferencia de la desigualdad, la movilidad social –esto es, la incidencia del origen social sobre el desempeño socioeconómico– es difícil de medir con precisión. Las mediciones estándar necesitan información longitudinal o datos confiables sobre al menos dos generaciones de la misma familia. Infortunadamente, en Colombia no existen esfuerzos sostenidos de recopilación de datos longitudinales y, por lo tanto, no es posible contar con mediciones precisas de la movilidad intergeneracional.

Sin embargo, es posible contar con mediciones indirectas. Algunas encuestas de hogares han incluido información sobre la educación de los padres de los jefes de hogar y sus

cónyuges, que puede usarse para estimar la movilidad de forma aproximada. En particular, el coeficiente de correlación entre los años de educación de los padres y sus hijos mide indirectamente el grado de *inmovilidad* social. Mientras mayor sea este coeficiente, mayor será la asociación entre los años de educación de una generación y la anterior y menor será, por lo tanto, la movilidad social en el país en cuestión.

El gráfico 9 muestra el coeficiente de correlación entre los años de educación de padres e hijos para Colombia y Estados Unidos. El coeficiente fue estimado para cuatro cohortes: la primera alcanzó la edad escolar en los años treinta y cuarenta, la segunda, en los cincuenta, la tercera, en los sesenta, y la última, en los setenta. La correlación ha disminuido, es decir, la movilidad ha aumentado en las cohortes más jóvenes con respecto a las cohortes más viejas. En particular, la movilidad aumentó sustancialmente para quienes ingresaron a la escuela en los años sesenta: un resultado consistente con el progreso educativo y la reducción de la desigualdad que tuvieron lugar en esta misma década. En los años setenta la movilidad siguió aumentando pero lo hizo a un ritmo menor.



En promedio, para todas las cohortes y para la totalidad de la población, el coeficiente de correlación es mayor en Colombia que en Estados Unidos y que en otros países latinoamericanos, Perú y México entre ellos (Gaviria, 2002). A finales del siglo XX, un colombiano cuyos padres apenas sólo completaron dos años de educación primaria enfrentó una probabilidad de completar su educación secundaria inferior a 10 por ciento y de terminar su educación superior cercana a uno por ciento. A lo largo del siglo la movilidad social en Colombia fue exigua, más baja que en otros países de la región.

VI. La revolución femenina

La revolución femenina fue probablemente la transformación más importante de la sociedad colombiana durante la segunda mitad del siglo XX. La revolución se hizo evidente, entre otras cosas, en la generalización del uso de anticonceptivos modernos, en el progreso educativo y en la rápida irrupción de la mujer en el mercado de trabajo. La revolución femenina trajo consigo una transformación radical en las expectativas y las aspiraciones de las mujeres colombianas. De manera gradual pero definitiva, las mujeres colombianas comenzaron a valorar más la independencia económica y los logros educativos que las satisfacciones tradicionales de la vida familiar. Los cambios culturales y socioeconómicos se reforzaron mutuamente; por ejemplo, los logros educativos impulsaron el cambio en las aspiraciones, y las renovadas aspiraciones empujaron, a su vez, el avance educativo.

En 1957, en un artículo publicado en el diario *El Independiente* a raíz de la inauguración del voto femenino, Esmeralda Arboleda de Uribe, una de las voceras más representativas de la causa feminista, describió cautelosamente el nuevo papel de las mujeres colombianas: “Las mujeres de Colombia vamos a salir del ámbito del hogar pero no para abandonarlo sino para proyectar nuestra misión de amor y de ternura que por siglos hemos ejercido dentro del hogar a las calles, a las plazas, a las aldeas y a los campos todos de Colombia”. En 1994, en un artículo publicado en *The New York Times*, Leonor Montoya, entonces presidenta del Banco de Colombia, no mostraba ya ninguna cautela para describir el nuevo papel de la mujer: “Yo ya nunca encuentro mujeres que digan que aspiran a casarse y no trabajar. La independencia económica es parte fundamental de la autoestima de las mujeres colombianas”.

El uso de anticonceptivos por parte de las mujeres en edad fértil pasó de 27 por ciento en 1964 a 72 por ciento en 1995 (Flórez, 2000, p. 55). La generalización en el uso de anticonceptivos ocurrió tanto en las zonas urbanas como en las rurales. En las zonas rurales, en particular, el uso de anticonceptivos se cuadruplicó en un período de 25 años. El

mayor uso de anticonceptivos estuvo motivado no sólo por el deseo de reducir la fecundidad total, sino también por la intención de espaciar los nacimientos, para acomodar los planes de estudio y las oportunidades laborales (Miller, 2005). Con todo, durante la segunda mitad del siglo XX, en su gran mayoría las mujeres colombianas tomaron de una vez y para siempre el control de su fecundidad.

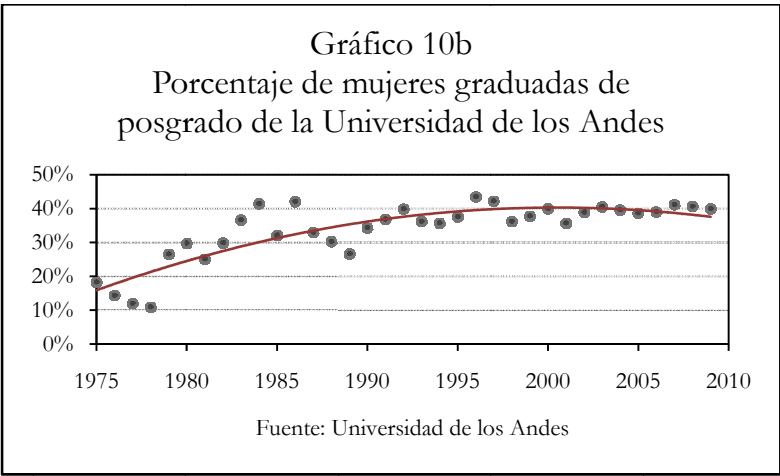
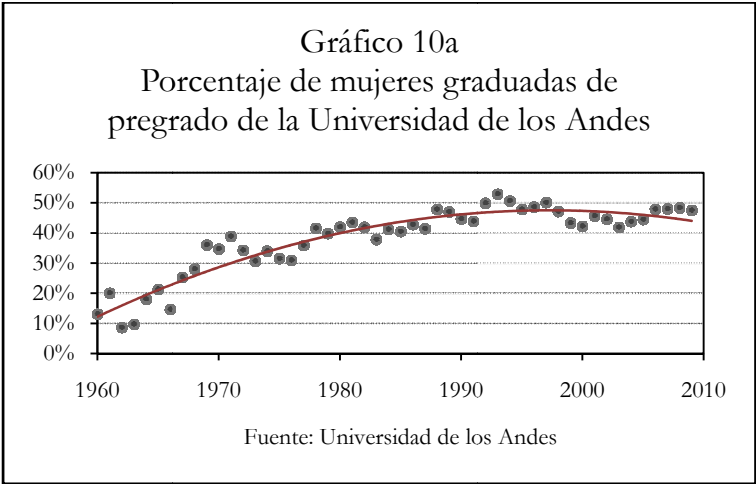
La importancia de los programas de planificación familiar en la reducción de la fecundidad es motivo permanente de controversia académica. En Colombia los programas de planificación, liderados por Profamilia desde los años sesenta, fueron antecedidos de una gran demanda insatisfecha de anticonceptivos. La planificación encontró, valga la ironía, un terreno fértil en las mentes de las mujeres colombianas. Profamilia nació luego de que un joven ginecólogo colombiano, Fernando Tamayo, se diera cuenta de las grandes filas de mujeres, muchas de ellas campesinas, agolpadas a la entrada de su consultorio particular (Flórez, 2000, p. 54). Hacia finales del siglo XX la necesidad insatisfecha de planificación familiar se había reducido sustancialmente: apenas superaba el 5 por ciento de las mujeres en edad fértil.

De otro lado, la revolución femenina se manifestó también en el rápido progreso de las mujeres en el campo educativo. En 1964 las mujeres colombianas en edad de trabajar tenían en promedio 2,7 años de educación, 0,4 años menos que los hombres. En 1985 ya tenían 5,5 años de educación, los mismos que los hombres. En 2005, en el último censo de población, tenían 8,3 años de educación en promedio, 0,3 años más que los hombres. Desde los años ochenta, las mujeres tienen en promedio más años de educación que los hombres. El sobrepaso ocurrió más temprano en las zonas rurales (donde la ventaja de las mujeres es mayor y ha crecido más rápidamente), y luego, en las zonas urbanas.

El avance educativo de las mujeres tuvo una manifestación evidente: la feminización de las universidades colombianas. Desde los años setenta las mujeres comenzaron a ingresar profusamente a la universidad. Desde los noventa principiaron a ser mayoría en muchos centros educativos. En 2005, casi 13 por ciento de las mujeres en el mercado de trabajo había cursado algunos años de educación superior. El porcentaje correspondiente para los hombres apenas llegaba a 11 por ciento. En algunas carreras tradicionales, como el derecho o la medicina, la preeminencia de las mujeres ha sido notoria desde los años ochenta.

El gráfico 10 muestra el porcentaje anual de mujeres graduadas de la Universidad de los Andes, una de las principales universidades privadas de Colombia. El porcentaje es mostrado de manera separada para el conjunto de programas de pregrado y de posgrado.

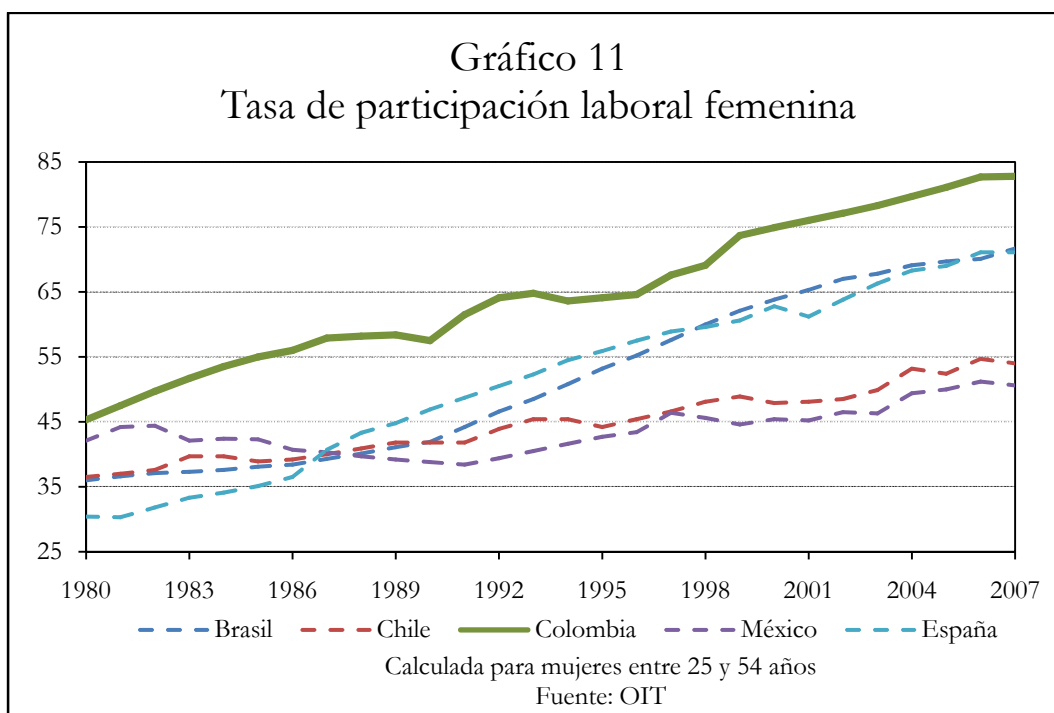
En pregrado las mujeres pasaron de representar aproximadamente 10 por ciento del total, a representar la mitad de los graduados entre 1960 y 2000⁶. En posgrado pasaron de menos de 20 por ciento a 40 por ciento entre 1975 y 2000. En los primeros años del siglo XXI la participación de las mujeres parece haber disminuido levemente, un fenómeno que también ha sido observado en Estados Unidos y en algunos países en desarrollo (Goldin, 2006).



⁶ En Derecho, un programa en el cual la feminización ha sido más marcada, el porcentaje de mujeres graduadas pasó de 25 por ciento a 60 por ciento entre 1975 y 2000. En los primeros años del siglo XXI ha disminuido nuevamente a 50 por ciento.

El crecimiento de la participación laboral de las mujeres fue la manifestación más visible de la revolución femenina. Las mujeres colombianas irrumpieron en el mercado de trabajo con más fuerza que las mujeres de la mayoría de los países en desarrollo y desarrollados. Las cifras hablan por sí solas. En 1951 las mujeres apenas representaban el 18 por ciento de la fuerza de trabajo. Medio siglo más tarde ya representaban casi la mitad del total de trabajadores.

El gráfico 11 muestra, para una serie de países, el cambio en la participación laboral de las mujeres entre 25 y 54 años en el período 1980-2007. En Chile y México la participación creció modestamente y apenas superaba el 50 por ciento al final del período. En Brasil y España creció a un ritmo superior y llegó al 70 por ciento en 2007. En Colombia creció en forma acelerada y llegó a 83 por ciento al final del período. La aceleración reciente pudo haber sido parcialmente impulsada por la crisis económica de fin de siglo. Pero sea cual fuere la razón, las mujeres colombianas llegaron al mercado de trabajo para quedarse.



El crecimiento de la participación laboral de las mujeres en Colombia no tiene muchos parangones en el mundo. En España, donde ocurrió una transformación económica y social muy acelerada, no sucedió nada similar. Mucho menos en Corea del Sur o en Japón, donde el alto crecimiento económico no promovió una entrada masiva de las mujeres al mercado de trabajo. En Brasil y Venezuela, por otra parte, la participación laboral creció aceleradamente pero nunca al ritmo observado en Colombia.

La revolución femenina ocurrida en Colombia llamó la atención de la prensa internacional en varios momentos de su desarrollo. En 1972 *The New York Times* publicó un artículo que daba cuenta de la fructífera lucha de la mujer colombiana por superar “los complejos sociales y religiosos” que limitaban el potencial femenino (Gravely, 1972). En 1994, dos décadas más tarde, el mismo diario estadounidense celebró la rápida irrupción de las mujeres en el mercado laboral: “rompiendo muchos estereotipos, las mujeres colombianas han dejado sus hogares e ingresado en la fuerza de trabajo con deslumbrante velocidad [...] mujeres de todas las clases sociales han salido de manera agresiva a buscar una independencia financiera impensable en el pasado” (Brooke, 1994).

Las causas de la revolución femenina no han sido estudiadas de manera sistemática. Pero seguramente algunas de las transformaciones sociales ya descritas explican una parte de lo ocurrido. Además, los programas de planificación familiar (creados en los años sesenta) y los de cuidado infantil (creados en los ochenta) pueden también dar razón parcialmente de la “deslumbrante velocidad” de los cambios acaecidos. En términos generales, la revolución femenina fue el resultado de una transformación cultural y social, de una dinámica de refuerzo mutuo entre las renovadas aspiraciones de las mujeres y sus crecientes logros educativos y laborales.

Sean cuales fueren sus causas, la revolución femenina no tiene marcha atrás. Seguramente, las mujeres colombianas continuarán copando ya no sólo una buena parte de los puestos de trabajo sino también muchas de las posiciones de visibilidad y privilegio.

VII. El incremento de la violencia

La violencia fue uno de los fenómenos sociales más salientes de la segunda mitad del siglo XX. En los años cincuenta la violencia de origen político, concentrada mayormente en las zonas rurales, produjo casi 200 mil muertos (Deas y Gaitán, 1995). Con la llegada de la democracia, la violencia disminuyó y permaneció controlada por casi dos décadas. Pero a finales de los años setenta la violencia volvió a aumentar. En cuestión de años Colombia se convirtió en uno de los países más violentos del mundo. En los años noventa algunas ciudades colombianas presentaron índices de muertes violentas de una magnitud casi catastrófica (Gaviria, 2000a).

El gráfico 12 muestra la evolución de la tasa de homicidios entre 1964 y 2006. El gráfico revela tres períodos claramente definidos: uno de estabilidad, con una tasa relativamente baja; otro que va desde 1978 hasta 1992, de acelerado crecimiento, y un tercero, de

descenso gradual. En su momento más alto, la tasa de homicidios llegó a 80 muertes por 100 mil habitantes. A finales de siglo era de 60 por 100 mil. En la primera década del siglo XXI disminuyó a 35 por 100 mil: una tasa baja en el contexto histórico pero alta en comparación con otros países de un nivel de desarrollo similar.



El tráfico de drogas fue el factor desencadenante de la epidemia homicida. No es una coincidencia que el incremento de los homicidios ocurriera en forma simultánea con la consolidación de Colombia como el primer exportador mundial de cocaína. El narcotráfico incrementó la violencia por varias rutas: congestionó el sistema de justicia y aumentó la impunidad, lo que redundó, a su vez, en una mayor rentabilidad de muchas actividades criminales conexas. Aumentó la oferta de armas y facilitó el intercambio de conocimiento entre redes de criminales. Y promovió una cultura favorable al crimen (Gaviria, 2000a). En palabras de la historiadora Mary Roldán, el narcotráfico “rompió la tradición, transformó las costumbres sociales, reestructuró la moral, el pensamiento y las expectativas” (Roldán, 2002). En suma, el narcotráfico puso en marcha una serie de procesos de retroalimentación que produjeron, en poco más de una década, una epidemia criminal con pocos antecedentes en el mundo.

Las consecuencias sociales de la violencia de fin de siglo fueron múltiples. El homicidio se convirtió en la principal causa de muerte del país. La expectativa de vida para los hombres disminuyó significativamente. Los hogares con jefatura femenina aumentaron de manera rápida. La muerte se convirtió en un suceso rutinario para muchas comunidades urbanas. Muchos hombres jóvenes, anticipando su destino, dejaron sus estudios e incrementaron las conductas y actitudes riesgosas. Al mismo tiempo, muchas mujeres, anticipando la imposibilidad de relaciones duraderas, optaron por adelantar la maternidad o renunciaron definitivamente a la pretensión de uniones estables.

En fin, el narcotráfico no sólo transformó profundamente la sociedad colombiana; al mismo tiempo, produjo una epidemia violenta cuyas secuelas sociales se sentirán por mucho tiempo.

VIII. Problemas de fin de siglo: desplazamiento, migración e informalidad laboral

A finales del siglo XX Colombia experimentó dos fenómenos sociales de gran magnitud: el desplazamiento de millones de habitantes rurales y la migración hacia el exterior de cientos de miles de residentes urbanos. Ambos fenómenos han tenido y tendrán consecuencias económicas y sociales de gran magnitud. Por ejemplo, las demandas de servicios sociales para atender la población desplazada son inmensas, suman varios billones de pesos, según los estimativos oficiales mismos, y podrían incluso desbordar la capacidad fiscal de la Nación y las regiones. De otro lado, las remesas de los colombianos residentes en el exterior se convirtieron en una fuente de ingresos, con implicaciones macroeconómicas y sociales.

El desplazamiento de habitantes rurales tiene una larga historia en Colombia. En los años cincuenta muchos campesinos llegaron a las ciudades huyendo de la violencia rural. Pero el desplazamiento reciente superó con creces lo sucedido en el pasado. A partir de 1995, el número de personas desplazadas aumentó rápidamente. Aunque las cifras son objeto de debate, los estimativos más optimistas dan cuenta de al menos 200 mil desplazados anuales entre 1999 y 2002. En 1995 sólo 35 municipios fueron expulsores de población; en 2002 la cifra ya superaba los 900 municipios (Ibáñez, 2008, p. 11). El número de desplazados disminuyó levemente a partir de 2003. Pero en 2008 el número acumulado ascendió aproximadamente a 3,5 millones de personas.

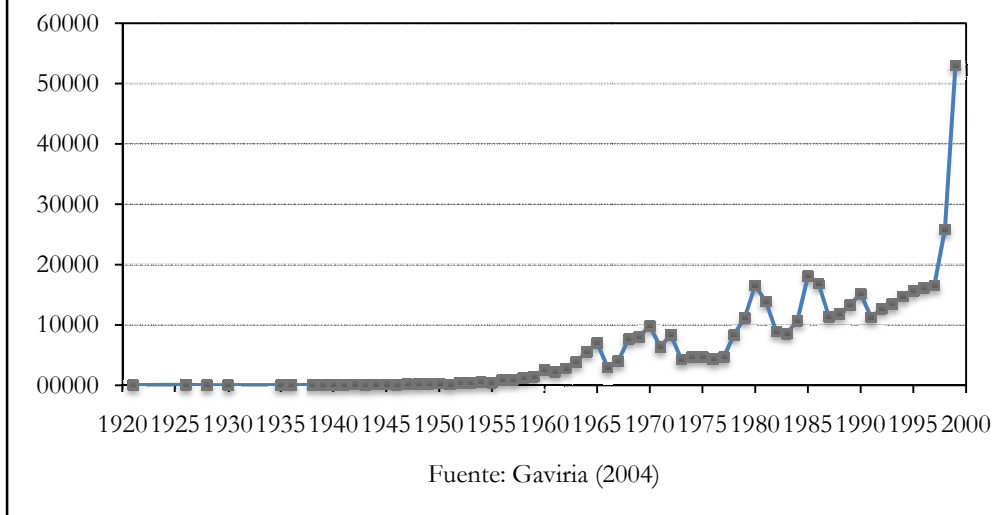
Las condiciones de vida de las víctimas de desplazamiento son deplorables. Aproximadamente 95 por ciento de los desplazados tiene ingresos inferiores a la línea de pobreza, y 72 por ciento tiene entradas monetarias por debajo de la línea de pobreza

extrema. En 2008 más de 40 por ciento de los pobres extremos en el país eran desplazados (Ibáñez, 2008, p. 3). Los programas de atención, que han crecido en los últimos años, han sido exitosos en proveer ayuda humanitaria de emergencia y en garantizar el acceso a ciertos servicios sociales pero no en brindarles a los desplazados una fuente estable de ingresos. Los desplazados siguen dependiendo de la ayuda oficial. Y, en algunos casos, de la caridad privada.

Con todo, el desplazamiento es uno de los grandes desafíos futuros de la sociedad colombiana. El retorno definitivo de los desplazados a sus lugares de origen o su asimilación definitiva en sus lugares de destino siguen siendo tareas pendientes. Y urgentes, al mismo tiempo.

A finales de los años noventa cientos de miles de colombianos emigraron hacia el extranjero, especialmente hacia Estados Unidos y España. El gráfico 13 muestra el número de emigrantes a Estados Unidos, discriminados por año de llegada. Los flujos migratorios fueron más o menos constantes desde finales de los años setenta hasta mediados de los años noventa. Pero se aceleraron de manera dramática a finales de siglo. En 1999 el número de emigrantes se triplicó con respecto al promedio de los años anteriores. Los emigrantes a Estados Unidos eran más educados que el resto de la población: 20 por ciento tenía títulos universitarios, y 10 por ciento, estudios de posgrado (Gaviria, 2004). En un lapso no superior a tres años, casi 5 por ciento de los profesionales colombianos emigró hacia Estados Unidos.

Gráfico 13
Inmigrantes colombianos en Estados Unidos
por año de entrada



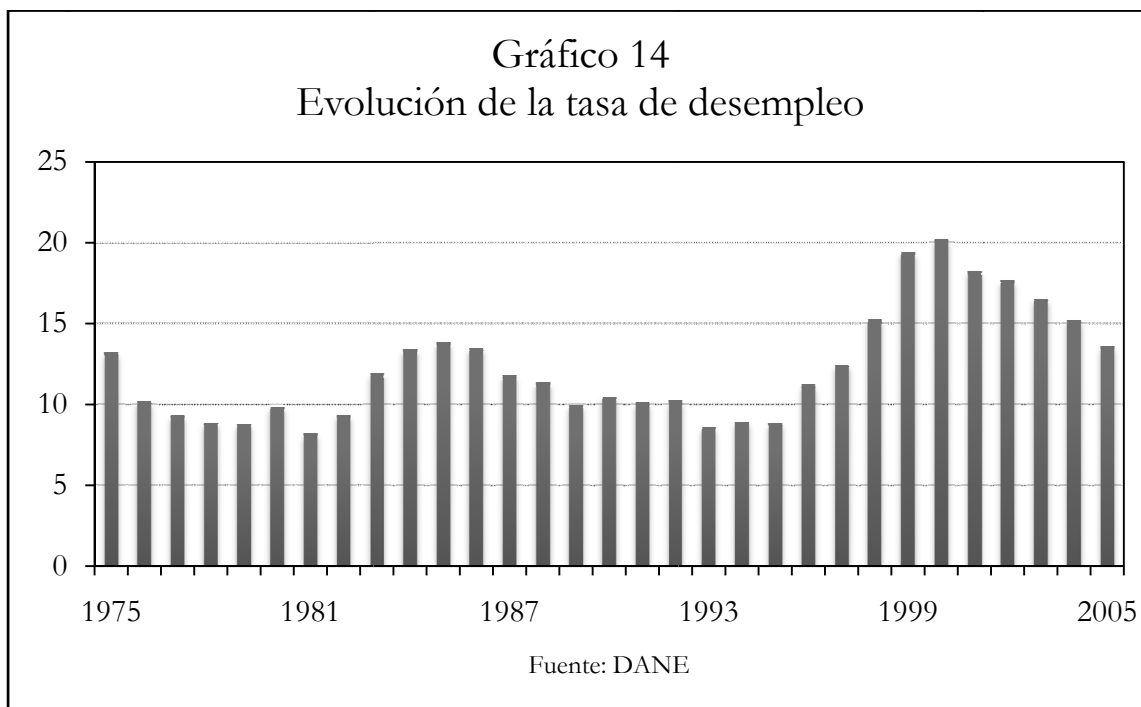
La principal causa de la emigración internacional fue la crisis económica de fin de siglo: en su mayoría, los emigrantes salieron en busca de mejores oportunidades laborales, en algunos casos, huyendo del desempleo. El recrudecimiento del conflicto armado también desempeñó un papel importante pero secundario (Gaviria, 2004). Las consecuencias de la emigración internacional fueron múltiples. Y todavía no han terminado de manifestarse. Las remesas crecieron sustancialmente, sobre todo una vez los emigrantes lograron integrarse plenamente a los mercados de trabajo de los países de destino, un proceso que puede tomar cuatro o cinco años. En 2005 las remesas superaban con creces las exportaciones de café o carbón. Aunque las remesas aumentaron los ingresos de muchos hogares, la desintegración familiar pudo haber generado problemas mentales en muchos jóvenes y aumentado su propensión a participar en actividades delictivas (Garay y Medina, 2007).

De manera más especulativa, la transformación de Colombia en un país de emigrantes puede tener efectos económicos positivos en el futuro. Los emigrantes, como ha ocurrido en otros países, suelen ser artífices de la apertura de mercados de exportación. Sirven de contacto para el sector privado y la academia, y constituyen un mercado no despreciable para muchas empresas locales. La emigración externa fue un legado positivo, al menos en algunas dimensiones, de la gran crisis económica de fin de siglo.

El problema del empleo

La crisis económica de finales del siglo XX fue una de las mayores en la historia reciente de Colombia. Entre 1998 y 2002 el producto por habitante disminuyó 15 por ciento en términos reales. La crisis afectó más que proporcionalmente a los hogares más pobres. Casi la mitad de los hogares urbanos de nivel socioeconómico bajo (pero menos de una cuarta parte de los de nivel alto) experimentó caídas sustanciales en sus ingresos (Gaviria, 2000b). Muchos hogares pobres se vieron obligados a vender activos productivos o a suspender la educación de sus hijos.

La crisis puso en evidencia uno de los principales problemas de la economía colombiana a finales de siglo: el problema del empleo. El gráfico 14 muestra la evolución de la tasa de desempleo. En tres años, entre 1996 y 1999, la tasa aumentó de 9 por ciento a casi 20 por ciento. La tasa del año 2000 fue la mayor de la segunda mitad del siglo XX. El desempleo disminuyó posteriormente como consecuencia de la recuperación económica pero sigue siendo muy alto, en comparación con otros países de desarrollo.



Al mismo tiempo, la informalidad laboral creció rápidamente en los años noventa. Al final de siglo más de 60 por ciento de los trabajadores colombianos no contribuían a la

seguridad social. Con la recuperación económica, la informalidad apenas disminuyó levemente en promedio e, incluso, aumentó para los trabajadores sin educación superior (Gaviria y Palau, 2006a). En términos porcentuales el número de cotizantes a la seguridad social ha permanecido estancado desde 1996. En fin, el crecimiento sistemático de la informalidad laboral, especialmente para los trabajadores sin educación superior, era uno de los problemas más serios de la sociedad colombiana a finales de siglo.

Las causas son motivo de debate. Pero probablemente tienen que ver con el aumento de los impuestos a la nómina y de las contribuciones a la seguridad social, con el pobre desempeño promedio de la economía y con las mayores tasas de participación laboral de las mujeres. Sea cual fuere la causa, la reducción de la pobreza y de la desigualdad y la continuidad del progreso social de los años por venir dependen en buena medida de la generación de más y mejores empleos formales, sobre todo para los trabajadores sin educación superior.

IX. Conclusiones

Colombia fue considerada por mucho tiempo casi un paradigma de la medianía. La excepcionalidad colombiana, decían muchos, consistía precisamente en no ser excepcional. Los hechos descritos con anterioridad confirman parcialmente esta percepción. Los avances en la urbanización, la alfabetización, la educación y las coberturas de servicios públicos siguieron en Colombia una trayectoria muy semejante a la recorrida por la región tomada como un todo. Colombia, como otros países latinoamericanos, experimentó una rápida convergencia social a pesar de su mediocre desempeño económico. El avance social fue notable, no tanto así el progreso económico.

Pero los hechos descritos también ponen en cuestión la medianía colombiana. Colombia experimentó, por ejemplo, una transición demográfica “espectacular”. La caída de la tasa de fecundidad en los años sesenta y setenta no tuvo muchos parangones en la región. El aumento en la participación laboral de las mujeres también fue excepcional. Muchos países latinoamericanos experimentaron, en la segunda mitad del siglo XX, una verdadera revolución femenina. Pero en Colombia la revolución fue más rápida y más profunda. El descenso de la desigualdad del ingreso en los años setenta y ochenta fue también peculiar, y no ocurrió, al menos no con la misma intensidad, en otros países latinoamericanos. Y Colombia, por supuesto, fue a finales de siglo un país excepcionalmente violento.

En general, el progreso social en Colombia pareció perder impulso con el tiempo. Fue muy rápido hasta los años setenta y más lento en las décadas posteriores. Las coberturas de servicios públicos no aumentaron entre 1993 y 2005. El porcentaje de la población con Necesidades Básicas Insatisfechas tampoco disminuyó significativamente. Los avances en mortalidad infantil se estancaron. La fecundidad adolescente se disparó. La desigualdad y el desempleo aumentaron. Sólo las coberturas educativas crecieron de manera notable.

Los malos resultados recientes están asociados a algunos fenómenos puntuales, a la crisis económica de fin de siglo y a la aceleración del conflicto armado. Pero pueden también obedecer a causas estructurales. Pueden reflejar, en particular, una creciente ineficiencia del Estado, asociada a la corrupción, a la confusión de competencias entre la Nación y los territorios y a los problemas administrativos. Resulta paradójico, en todo caso, que el estancamiento, la pausa en la mejoría social, haya coincidido con el incremento del gasto público y con la descentralización. Aparentemente, el crecimiento del tamaño del Estado colombiano no redundó, al menos no en forma inmediata, en grandes beneficios sociales.

En fin, los logros sociales del pasado fueron muchos. No deberían despreciarse. Pero los retos del futuro, cabe decirlo, son aún mayores.

Referencias

Arboleda de Uribe, Esmeralda (1957). "Explicación a las nuevas ciudadanas". *El Independiente*, 29 de noviembre.

Astorga, Pablo, Berges, Ame R. y Fitzgerald, Valpy (2005). "The Standard of Living in Latin America During the Twentieth Century". *Economic History Review*, Vol. 58, No. 4, pp. 765-796.

Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (1951). *Bases de un programa de fomento para Colombia: informe de una misión dirigida por Lauchlin Currie y auspiciada por el BIRF en colaboración con el gobierno de Colombia*. Bogotá: Banco de la República.

Brooke, James (1994). "Women in Colombia Move to the Forefront". *The New York Times*, 15 de julio.

Deas, Malcolm y Gaitán, Fernando (1995). *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Fonade.

Flórez, Carmen E. (2000). *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República y Tercer Mundo Editores.

Garay, Luis Jorge y Medina, María Claudia (2007). *La migración colombiana a España. El capítulo más reciente de una historia compartida*. Madrid: Ministerio de Inmigración y Trabajo. Gobierno de España.

Gaviria, Alejandro (2000a). "Increasing Returns and the Evolution of Violent Crime: The Case of Colombia". *Journal of Development Economics*, Vol. 61, No. 1, 1-25.

Gaviria, Alejandro (2000b). "¿Sobre quién ha caído el peso de la crisis?". *Coyuntura Social*, No. 23.

Gaviria, Alejandro (2002). *Los que suben y los que bajan*. Bogotá: Alfaomega.

Gaviria, Alejandro (2004). *Visa USA: fortunas y extravíos de los inmigrantes colombianos en los Estados Unidos*. Documento CEDE # 2004-17. Facultad de Economía. Universidad de los Andes.

Gaviria, Alejandro y Stein, Ernesto (2000). *The Evolution of Urban Concentration around the World: A Panel Approach*. Working Paper 414, Inter-American Development Bank.

Gaviria, Alejandro y Palau, María del Mar (2006a). "Evolución reciente del mercado laboral urbano y alternativas de política". *Coyuntura Social*, No. 34.

Gaviria, Alejandro y Palau, María del Mar (2006b). "Nutrición y salud infantil en Colombia: determinantes y alternativas de política". *Coyuntura Económica*, Vol. XXXVI, No. 2.

Goldin, Claudia (2006). "The Quiet Revolution That Transformed Women's Employment, Education, and Family". *American Economic Review*, 96 (2): 1-21.

Gravelly, Edmund (1972). "Womens Lib in Colombia: The Restraint is Fading". *The New York Times*, 3 de junio.

Hanushek, Eric (2002). *Publicly Provided Education*. NBER Working Papers # 8799. National Bureau of Economic Research.

Hirschman, Albert (1996). *Tendencias autosubversivas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ibáñez, Ana María (2008). *El desplazamiento forzoso en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes. CEDE-Facultad de Economía.

Kalmanovitz, Salomón y López, Enrique (2007). "Aspectos de la agricultura colombiana en el siglo XX", en Robinson, James y Urrutia Miguel (eds.). *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, pp. 127-172.

Krugman, Paul y Livas, Raul (1996). "Trade Policy and the Third World Metropolis". *Journal of Development Economics*, Vol. 49, No. 1, pp. 137-150.

Londoño, Juan Luis (1995). *Distribución del ingreso y desarrollo económico*. Bogotá: TM Editores.

Miller, Grant (2005). *Contraception as Development? New Evidence from Family Planning in Colombia*. NBER Working Papers # 11704. National Bureau of Economic Research.

Montenegro, Armando y Rivas, Rafael (2005). *Las piezas del rompecabezas*. Bogotá: Taurus.

Prados de la Escosura, Leandro (2007). "Inequality and Poverty in Latin America: A Long-Run Exploration", en T. J. Hatton, K. H. O'Rourke y A. M. Taylor (eds.). *The New Comparative Economic History*. Cambridge, MA: MIT Press, pp. 291-315.

Profamilia (2005). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS)*. Bogotá: Profamilia, DHS.

Ramírez, María Teresa y Téllez, Juana (2007). "La educación primaria y secundaria durante el siglo XX", en Robinson, James y Urrutia, Miguel (eds.). *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, pp. 459-515.

Roldán, Mary (2002). *Blood and Fire: La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Durham: Duke University Press.

Torres, Jorge Enrique (2003). *Misión para el diseño de una estrategia de reducción de la pobreza y la desigualdad. Informe primero sobre política de vivienda*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.

Urrutia, Miguel (1990). *40 años de desarrollo. Su impacto social*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

